

**reflexiones
de un
universitario**

**RETOUR
ALA
NORMALE**



raymond aron



Un viejo profesor, que ha amado mucho su profesión, sólo puede comentar con vacilación y con tristeza los acontecimientos de la última semana. Durante los días de crisis, me abstuve de escribir para no aumentar la confusión, progresivamente creada por las maniobras y las falsas maniobras de unos y de otros. El gobierno fue pródigo en faltas, pero Cohn-Bendit, que la prensa y la radio transfiguran en personaje histórico, no me parece, sin embargo, un renovador de la universidad francesa.

Cuando los policías reprimen brutalmente las manifestaciones de estudiantes, la simpatía de todos se dirige naturalmente hacia estos últimos (¿cuando los manifestantes pertenecen a la clase obrera, los padres de estudiantes reaccionan de la misma manera?)

En un sentido, por definición, los jóvenes no pueden no tener razón; tendrán la última palabra y expresan, con sus afirmaciones o más aún con su acción, sus sentimientos respecto del mundo y de los hombres públicos.

Pero cuando vi en Berlín, en el mes de enero, a los estudiantes berlineses iracundos, no pude evitar la evocación de los estudiantes iracundos de 1930 y de 1931, que conocí cuando acababa de pasar del otro lado de la barricada. También ellos, me de-

cían entonces, tenían necesariamente razón, puesto que representaban el futuro (éste se llamó Hitler). Ya el profesor Marcuse, abuelo de los extremistas de hoy, oponía un rechazo al régimen existente (en ese entonces, la república de Weimar) ¿En qué desembocará la rebelión de los estudiantes, si es que desemboca en algo?

¿Cómo los disturbios de Nanterre, aparentemente limitados, episódicos, se ampliaron, en ocho días, al punto de hacer tambalear al gobierno y de restablecer, dentro de la universidad, una especie de unanimidad, en realidad ilusoria, si es que no hipócrita, que no resistirá a la confrontación con los verdaderos problemas?

La prensa lo ha escrito muchas veces y el hecho no se presta a dudas: los profesores "liberales", que deseaban reformar las instituciones, ejercían una influencia dominante en Nanterre. En sicología y en sociología, las dos secciones más agitadas, se formaron comités paritarios —docentes-estudiantes— que practicaban el diálogo reclamado unánimemente. Pero el diálogo degeneró en agitación permanente, a veces en groserías intolerables, bajo la dirección de aquel que "L'Humanité" denominó un "anarquista alemán".

El día en el cual, finalmente, el decano, respetado por todos, de-

260 cidió suspender los cursos, muchos profesores lamentaron que hubiera tardado tanto en actuar; ninguno le reprochó precipitación o autoritarismo.

Diez días después, docentes y estudiantes, codo con codo, se levantaron contra las autoridades. Los sindicatos obreros decretan una huelga general de veinticuatro horas. ¿Qué había ocurrido entretanto?

En el origen de la semana de locura, está la entrada de la policía en el patio de la Sorbona y la clausura de la facultad. ¿El viernes 3, los dos grupos de estudiantes que se enfrentaban, habrían llegado a las manos si la policía no interviene? Me asombra que tantas personalidades tengan sobre el punto una posición categórica, cuando ignoran o conocen mal los hechos. Conversé con dos colegas que estaban presentes en el lugar ese día.

Ambos profesan ideas de izquierda, ambos son de honestidad insospechable: uno me afirma que no había la menor urgencia y que todo habría terminado sin drama; otro, con la misma certeza, pretende lo contrario. Me niego pues a dilucidar este punto histórico, no por miedo a la responsabilidad sino por confesión de ignorancia.

Esta decisión, errónea o inevitable, poco importa, transformó de golpe la situación. La mayoría

de los docentes tradicionales o extremistas, conservadores o liberales, olvidaron sus querellas, sintieron una emoción común, retomaron las mismas consignas. Rejuvenecidos e indignados se reencontraron con alegría al lado de sus estudiantes (que los habían abucheados el día anterior) para denunciar al Poder. Las brutalidades, casi increíbles, narradas por numerosos testigos, las condenaciones expeditivas de las manifestaciones o de transeúntes, de estudiantes o de seudoestudiantes, hicieron el resto. Los episodios "ubuescos", como el del confitero portador de un cuchillo con seguro, ridiculizaron a los "defensores del orden". La pasión se alimentaba a sí misma. Los partidos de la oposición, inclusive el Partido Comunista, en un principio hostil, se encargaron del movimiento de masas, al cual miles de estudiantes se unieron espontáneamente, aunque otros lo manejaban desde la sombra.

Durante la noche del viernes al sábado, el rechazo de las tres exigencias de los estudiantes (¿por qué ministro?, ¿por el Presidente de la República?), la dispersión por la policía de los manifestantes atrincherados detrás de las barricadas, provocaron combates trágicos, salvajes, absurdos.

Fue necesario el retorno de Pompidou para que el gobierno tu-

viera por fin el coraje de capitular —lo que debió hacer cuatro días antes. Los estudiantes o seudoeestudiantes, detenidos o condenados, fueron elegidos al azar. ¿Qué significación tenía su encarcelamiento? Piénsese lo que se piense sobre el fondo, era necesario poner fin a esas saturaciones en vías de transformarse en revolución.

Los “grupúsculos” lograron movilizar camaradas, docentes, e incluso al Partido Comunista. Desde febrero de 1848, ningún gobierno francés demostró con tanto arte, alternativamente y a destiempo, debilidad y brutalidad. Los manifestantes, por su parte, demostraron, una vez más, que las grandes batallas no exigen grandes causas.

Las rebeliones estudiantiles estallan tanto en los países capitalistas como en los países socialistas, en los regímenes liberales como en los regímenes autoritarios. La mayoría de los comentaristas sacan la conclusión de que el fenómeno tiene raíces profundas; choque de generaciones, naturaleza del orden social, que permanece anónimo y represivo, incluso en la democracia. Cada cual elige entre estas explicaciones la que responde mejor a su propio estado de ánimo: agotamiento de las ideologías, fracaso del socialismo y del capitalismo, mediocridad de una “sociedad de consumo”, pe-

nuria en medio de la abundancia, guetos negros dentro del país más rico del mundo, falta de sentido de una universidad separada de la sociedad o acollorada a una sociedad desprovista de significado, etc.

¿Es necesario confundir todas las rebeliones, las de los estudiantes españoles privados de los derechos que tienen los estudiantes franceses, las de los estudiantes norteamericanos que denuncian la guerra de Vietnam, las de los estudiantes checoslovacos o polacos que aspiran a libertades que, en París o Berlín, sólo “niegan” los más ardientes entre los que “impugnan” el orden establecido? Conozco perfectamente la respuesta de los estudiantes: con o sin libertades, su destino no cambia, ni su “alienación”, ni la de la sociedad toda entera.

Quizás esos jóvenes, burgueses la mayoría, piensen —o mejor sientan— de esa manera. En la medida que así sea, el gobierno y los profesores buscarán en vano una solución. Estos estudiantes, incómodos en las “fábricas universitarias”, perdidos entre la multitud solitaria, se asemejarán a los obreros de las primeras fábricas, a principios del siglo XIX. Los obreros rompían las máquinas; ellos deshacen simbólicamente sus instrumentos de trabajo y de servidumbre, las mesas y las sillas.

262 Poco importa la parte de verdad que contenga esta interpretación. En cada caso, los docentes, más preocupados por su profesión que por una cruzada sin cruz o una lucha sin objeto, deben esforzarse, paciente, modestamente, para resolver, en la medida de lo posible, problemas que, a pesar de ciertos caracteres, adquieren, en cada país, formas particulares.

INDIO

